

¿QUÉ ESPERO DEL XVIII CAPÍTULO GENERAL?

Reflexiones de un hermano anciano

Instado a poner por escrito mis expectativas respecto al próximo Capítulo General, me resistí durante algún tiempo porque no me parecía que tuviera nada serio que decir. Pero, luego, reflexionando, y por sentido de responsabilidad, decidí responder a la nueva solicitud que me llegó hace unos días. A la pregunta que se me planteó, y que cito en el título de esta intervención, estuve tentado de responder precipitadamente que “no esperaba nada y.... todo”. Me explico.

1. No espero mucho: de hecho, sería exagerado decir que “*no espero nada*”. Pero es un hecho que el aire que sopla en estos tiempos, junto con la cultura del momento, quita o al menos reduce las ganas de reflexionar y obstruye el gusto de pensar en grande y/o en el futuro. Nuestro tiempo está lleno de novedades, que en su rápida sucesión no logran asentarse y acaban oscureciendo posibles espacios de reflexión. También debo añadir que ya no tengo muchas ganas de reflexionar sobre la misión, no porque esté jubilado, sino porque no me parece que tenga nada, o casi nada, de significativo por compartir.

Al leer la ficha 1, me dio la impresión de que “ya está todo hecho” y que queda poco margen para planificar un posible desarrollo futuro. Además, estando al margen, tengo la impresión de que nuestro Instituto atraviesa una época de cansancio y decaimiento. Y la misma misión *ad gentes* me parece que se está replegando sobre sí misma, hasta el punto de preguntarme si los misioneros de profesión seguimos teniendo futuro. Además, las vocaciones misioneras en el mundo occidental son tan escasas que el futuro se pone en cuestión de forma obligada. Sin embargo, las vocaciones están ahí, y proceden de las jóvenes iglesias nacidas de nuestra actividad misionera. Sí, es cierto, las hay, pero ¿están motivadas por las mismas razones que motivaron las nuestras hace 30 o 40 años? ¿Y no estarán sometidas a la misma crisis por la que también hemos pasado nosotros?

Ante estas preguntas que para mí siguen sin respuesta, sigo apretando los dientes y, convencido como estoy de que me queda poco tiempo de vida, rezo para que al menos mis hermanos sean capaces de encontrar convicciones, razones y caminos que yo ahora no veo. Puede que sea porque vivo retirado (¡después de mucha exposición en el pasado!), o puede que sea consecuencia de la edad y sus limitaciones o de la particular ubicación y composición de la comunidad en la que vivo, el caso es que me cuesta creer en el futuro de nuestra Congregación. Todo esto para decir que no espero mucho del XVIII Capítulo General, aunque sí rezo por su éxito: *¡nobleza obliga!*

2. Pero precisamente porque tengo pocas expectativas, paradójicamente *espero... todo*, es decir, *mucho*. Pues el XVIII Capítulo General, como decía el difunto Card. Eduardo Pironio, es un “acontecimiento familiar, eclesial y pascual” que se celebra para *renovar* no la misión ni el carisma, sino *nuestro modo de ser misioneros*, lo *esencial* de nuestra vocación. Esto debería liberarnos de ciertas superestructuras teológicas, ideológicas e históricas que vienen del pasado y que corren el riesgo de obstaculizar la coherencia entre lo que profesamos ser y lo que realmente somos y vivimos. ¿No es éste un compromiso de siempre, de todos y en todas partes? Claro que sí, es así. Pero hoy la transición epocal, las propuestas del Papa Francisco, el momento eclesial y mundial exigen esta operación de *renovación* de un modo nuevo y urgente. La misión *ad gentes* debe elaborar nuevas formas para estar preparados para el futuro, fieles a Jesucristo, a nosotros mismos y al mundo. Hoy debemos perseguir una misión que sea transparente en sus motivaciones, en su origen y en su forma espiritual y evangélica, en sus métodos y medios.

“¿Somos los últimos misioneros?” Este era el título de la Semana Cultural Javeriana del pasado mes de junio 2022. Podría parecer una pregunta retórica o simplemente provocativa, pero no es así. Pero si realmente no queremos ser los últimos exponentes de la misión *ad gentes*, debemos intentar renovarnos en nuestra forma de *ser* misioneros. Nuestro futuro no estará garantizado por una operación cosmética exterior que limpie las estructuras, ni por una mayor extensión geográfica y cultural, menos aún por una autocelebración del tipo “festival de la misión”, ni siquiera por la tendencia narcisista a pensar que somos los verdaderos o los únicos protagonistas de la misión. El futuro de la misión y de los misioneros estará, en cambio, en la búsqueda y promoción de la *verdad* y, sobre todo, de la *autenticidad* de nuestra vida como misioneros, como personas enviadas por Jesucristo, dependientes de él y obedientes a él (en el sentido etimológico de la palabra).

El Capítulo debería abandonar el terreno de la repetición retórica de nuestra identidad, del carisma javeriano – que no es nuestro, sino de la Iglesia – y verificar si los valores que nos legó nuestro Padre Fundador son realmente una *realidad vivida*. Y, en primer lugar, si vivimos realmente, como individuos y como comunidad, eso que llamamos nuestra identidad en sus dimensiones humana, espiritual, evangélica y misionera.

3. Esto requiere que centremos nuestra mirada en el Señor crucificado y resucitado, que comprobemos si lo seguimos, es decir, si nos preocupamos de amarlo y de cumplir su palabra (cfr. Jn 14,23), de seguirlo en la *kénosis* de la encarnación y en el misterio de la cruz. Si queremos tener futuro, tal vez debamos aceptar ahora la humildad del Señor, la insignificancia y el silencio sin excluir la persecución, sin esperar que todo el mundo nos aplauda, como sigue ocurriendo hoy. La primera preocupación y objetivo de la formación javeriana debe ser la *conformación* con Jesús (cfr. Flp 2,5; Rm 8,29; 12,2; Ef 4,23), nuestra transfiguración en Él a quien debemos mostrar, anunciar y amar. Recordemos lo que el Papa sigue recordando a los misioneros: es decir, que la Iglesia y la misión no crecen por proselitismo, sino por *atracción*, es decir, por la calidad de nuestra vida cristiana, de nuestra configuración con Cristo; que no existimos para ensanchar las fronteras de la Iglesia, sino para ser signos y anuncio del reino de Dios ya actuante. ¿Somos realmente profecía del reino de Dios? ¿Tiene el reino de Dios la primacía en nuestras vidas? Lo demás... viene después y es secundario (cfr. Mt 6,33).

En esta línea de *verdad*, preguntémonos: ¿por qué los jóvenes de hoy – al menos en nuestros ambientes occidentales – ya no adhieren a nuestra propuesta misionera? ¿Por qué tantos hermanos jóvenes nos abandonan antes del compromiso definitivo? No nos dejemos acallar por las estadísticas y las respuestas de la sociología religiosa sobre las familias con hijo único, la crisis demográfica, la situación actual de la juventud o la malignidad de los tiempos. Sin negar estas razones, sabemos que la verdadera explicación está en otra parte: es nuestra incapacidad para ofrecer un modelo cristiano y misionero fascinante, coherente con las opciones evangélicas y, en particular, con la tan pregonada opción por los pobres, que luego queremos hacer coexistir con estilos de vida incompatibles.

La fuerza del testimonio de nuestra vida consagrada y de nuestra vida común reside en la *pasión por Jesús y por su misión*, reside en una vida desprendida del poder y de las riquezas de este mundo, reside sobre todo en la verdad de nuestras opciones espirituales (los votos y la vida común) y en la práctica de una auténtica fraternidad. El poder de atracción no reside en las cosas que ofrecemos a los posibles candidatos, sino en lo que somos, en la verdad de nuestra vida.

4. Existe también hoy, el deber de buscar *nuevas figuras o formas de misión* que deben ser promovidas y eventualmente verificadas por el Capítulo. ¿Cuál es hoy el modelo de la misión *ad gentes*? ¿Dónde podemos o cómo debemos aplicarlo? Podemos intentar responder negativamente: ciertamente no es

el modelo de la misión colonial basada en el complejo de superioridad cultural, de la misión rica en medios económicos y financieros; tampoco es el modelo de la misión de conquista y expansión geográfica, ni es sólo la *plantatio ecclesiae*, lo que justifica y mide la misión. Por el contrario, es el modelo de *misión de la presencia fraterna, de la proximidad cordial, del diálogo sincero, del compartir la fe y la búsqueda de Dios*. Esto es un travesía hoy ineludible, aun si difícil, que no satisface nuestro amor propio y por tanto no llena nuestra vida como el hacer y deshacer típico de la misión y los misioneros de tiempos pasados, de mis tiempos.

Para decirlo todo en pocas palabras: lo que espero del Capítulo no es un programa de *relanzamiento* o de *reinicio* o de *reposicionamiento*, términos que hablan de una novedad a aplicar a lo viejo o de un ajuste de la dirección del viaje. En cambio, espero una decisión no sólo teórica sino práctica de *vivir más plenamente la sequela*, una vida que sea *transparencia del Evangelio*. Esta es la intuición de nuestro Fundador: preparar misioneros que sean un Evangelio viviente y, *ojalá*, vivido. Es, pues, un compromiso urgente del Capítulo no rehacer la fachada del Instituto, no ocuparse principalmente de discutir sobre casas y obras, cierres y aperturas, sino buscar y *proponer caminos* de renovación o de conversión (*metanoia* como cambio de mentalidad), tanto personal como comunitaria, que nos hagan *verdaderos discípulos de Jesús*, capaces de irradiar y atraer, libres porque pobres en poder y ricos, en cambio, en fe, esperanza y amor, comprometidos a continuar hasta el último día en la búsqueda del Señor para responderle con generosidad.

Lo que hace falta – y ciertamente no lo espero – no es un bello documento, sino un equipo de hermanos que se haga presente entre los hermanos, que responda a sus necesidades de animación y estímulo para ayudarles a crecer en la escucha del Señor y en la obediencia al Espíritu, para espolearles en la calidad evangélica de nuestra identidad, de acuerdo a la transfiguración en Cristo que debemos buscar para ser realmente el rostro evangelizador y fascinante del Jesús del Evangelio.

5. Otra expectativa es que el Capítulo lleve a término, en la medida de lo posible, la transición de un instituto monocultural a un *instituto intercultural*, tanto a nivel personal como comunitario: de hecho, la calidad de nuestras comunidades es un elemento de evangelización de primer orden precisamente en este tiempo. Tengo la impresión de que el proceso de internacionalización e interculturalidad, en marcha al menos desde 1985, sólo se ha realizado parcialmente. Las diferentes culturas que han entrado en nuestra comunidad aún no han enriquecido nuestra vivencia misionera con sus dones.

Es un hecho – y hay que seguir implementándolo – que en casi todas partes hemos establecido comunidades javerianas multiculturales, pero no se puede negar que aún nos cuesta vivir juntos y que tendemos, o al menos tenderíamos, a formar grupos culturalmente más homogéneos. Así, es bien sabido que demasiados hermanos piden volver de la misión o incluso permanecer en su tierra natal con diversos pretextos; que crecen ciertos impulsos nacionalistas y que se hacen sentir formas de oposición y, finalmente, comportamientos inadecuados en materia de pobreza, desapego del dinero, deber de dar cuenta a la comunidad de las cosas propias... que se justifican con la afirmación “porque ésta es nuestra cultura”, con abusos que se permiten por miedo a herir a los de nacionalidad o cultura diferente a la del superior. No puedo olvidar un discurso que me dirigió personalmente y con lágrimas en los ojos el difunto P. Luigi Menegazzo tras una serie de visitas a nuestras circunscripciones de formación y misión poco antes de su muerte. Supe que luego habló de ello con toda honestidad en una reunión de formadores javerianos en Roma. Estas palabras mías no pretenden ofender a nadie ni cuestionar la necesidad de seguir por el camino de la interculturalidad.

6. Para concluir esta larga participación, declaro que soy más que consciente de que alguno, al leer estas líneas, podría decir que son exageradas y pesimistas. Respeto con gusto la opinión de quien

discrepe de mi análisis, pero mi deseo es que el XVIII Capítulo General reflexione sobre este momento de la Congregación javeriana, que no se contente con repetir o escribir exhortaciones piadosas o tal vez hacer normas que quedarán sobre la mesa en las comunidades. Se notará que no he tocado el tema de la formación, porque es un tema delicado que se ha tratado en los encuentros continentales dedicados a este argumento¹. Pero me gustaría que el Capítulo abandonara la retórica y el espiritualismo para mirar realmente la realidad y dotar al Instituto de una dirección general que sea un equipo de hermanos elegidos no por representación de culturas, sino por su capacidad de animar a fin de que el Instituto sea fiel a su misión carismática. Y recordemos que lo que se necesita no es un aumento de número, sino de calidad.

Tavernerio, noviembre 2022.

Gabriele Ferrari s.x.

¹ Sobre el tema de la formación, nuestra Dirección General me pidió hace algún tiempo que expusiera mi punto de vista sobre la formación en el *Congreso Internacional sobre la Formación de Base*, congreso que posteriormente se canceló a causa del COVID. Mi ponencia, traducida a cinco idiomas y titulada “¿Qué javeriano necesita hoy la Iglesia?” puede leerse en el sitio web de la DG en este enlace:

<https://dg.saveriani.org/it/comunicazioni/pubblicazioni/formazione/item/di-quale-saveriano-ha-bisogno-la-chiesa-oggi>.